

Sed ardiente la sofocaba: bajó hasta el arroyo, se arrodilló y bebió.

Estando de rodillas rezó sus oraciones.

Después se levantó y procuró orientarse.

Atravesó el arroyo.

Más allá del valle se prolongaba hasta perderse de vista una vasta llanura poblada de malezas, que partiendo del arroyo, ascendía en plano inclinado y llenaba todo el horizonte; el bosque era una soledad, pero aquella llanura era un desierto. En el bosque, detrás de cada mata podía encontrarse un hombre; en la llanura no se veía á nadie en todo el espacio que alcanzaba la vista. Solo algunos pajarillos, que parecían fugitivos, volaban por entre los brezos.

Entonces, ante aquel inmenso abandono, la pobre madre, desconsolada, sintiendo que se le doblaban las rodillas, azorada, casi loca, lanzó á la soledad este grito extraño:—Hay alguien aquí?

Esperó la respuesta y le respondieron.

Una voz sorda y profunda estalló; aquella voz venía del fondo del horizonte y se repercutió de eco en eco; aquella voz era la del trueno ó la del cañon y parecía responder á la pregunta de la madre, diciéndola: Sí.

Después todo volvió á quedar en silencio.

La madre se enderezó reanimada; había alguien en aquella llanura, parecióle que ya tenía con quien hablar; después de beber y de rezar, recobró fuerzas y empezó á subir por el plano inclinado de la llanura, dirigiéndose hácia el sitio donde oyó sonar la enorme voz lejána.

De repente vió erguirse en el extremo del horizonte una alta torre, solitaria, dominando el agreste paisaje, y un rayo del sol poniente la teñía de púrpura. Estaba como á una legua de distancia, y detrás de dicha torre se perdía entre la bruma el verdor difuso de un bosque, que era el de Fougères.

La torre se le aparecía en el mismo punto del horizonte de donde salió el trueno que Micaela tomó por voz que la llamaba. ¿Hicieron en la torre aquel ruido?

Micaela Flechard llegó á la mayor altura de la meseta; solo vió ante sí la llanura árida y se encaminó hácia la torre.

## VI.

## Situación.

Llegó por fin el momento. El hombre inexorable tenía en su poder al hombre implacable; Cimourdain tenía al alcance de su mano á Lantenac.

El antiguo realista estaba cogido en su guarida; evidentemente no podía escaparse; Cimourdain pensaba ya en decapitarle en su casa solariega, en sus tierras, en sus dominios, para que en la mansion feudal cayese la cabeza del hombre feudal, sirviendo de ejemplo memorable.

Por eso envió á buscar la guillotina á Fougères, y ya la vimos en el camino.

Matar á Lantenac era matar á la Vendée, y matar á la Vendée era salvar la Francia. Cimourdain no vacilaba: vivía en la ferocidad del deber como en su propio elemento.

Para él, el marqués estaba perdido sin remedio, y por este lado estaba tranquilo, pero por otro lado le asaltaba un recelo. La lucha sería sangrienta; Gauvain debía dirigirla y hasta tomar parte activa en ella, porque el joven comandante tenía sangre de soldado y se empeñaría en el combate. Podían matar á Gauvain, á su hijo, su único cariño en el mundo. Hasta entonces salió ileso con fortuna de las batallas, pero la fortuna también se cansa de proteger á sus favoritos. Cimourdain temblaba; su extraño destino le había colocado entre dos Gauvain, entre el que procuraba exterminar por todos los medios y entre aquel cuya vida quería proteger.

El cañonazo que despertó á Georgina en la cuna y llamó á su madre desde el fondo de la soledad, hizo algo más que esto; ya fuese por la casualidad, ya por la puntería del artillero que le disparó, la bala, que solo debió servir de bala de aviso, rompió y casi arrancó la armadura de barrotes de hierro que cubría y cerraba la gran aspillera del primer piso de la torre. Los sitiados no tuvieron tiempo para reparar esta avería.

Los sitiados se habían jactado de poseer abundancia de municiones y en realidad les escaseaban; su situación era, pues, más crítica de lo que los sitiadores suponían. A tener bastante pólvora hubieran sido capaces de volar la Tourgne, estando ellos y el enemigo dentro; esta era su intención, pero todas sus reservas estaban agotadas y apenas conservaban

municiones para disparar treinta tiros cada uno de los sitiados. Tenían muchos fusiles y escopetas y pistolas, pero pocos cartuchos. Cargaron todas las armas con la idea de hacer fuego sin interrupción, pero este fuego podía durar poco rato; era preciso alimentarlo y economizarlo y esto era difícil de conseguir. Por fortuna (fortuna deplorable) la lucha iba á empeñarse principalmente de hombre á hombre y con arma blanca, á sablazos y á puñaladas. Se iba á pelear cuerpo á cuerpo más que á tiros; en vez de fusilarse iban á descuartizarse; tal era su última esperanza.

El interior de la torre parecía inexpugnable. En la sala baja, con la cual comunicaba la brecha que abrió el cañon de los sitiadores, estaba la *retirada*, barricada que construyó científicamente Lantenac y que obstruía completamente la entrada. Detrás de esta barricada pusieron una mesa larga llena de armas cargadas, de trabucos, de carabinas, de mosquetones, de sables, de hachas y de puñales. No pudiendo aprovechar para volar la torre el calabozo del Olvido, el marqués mandó cerrar la trapa de dicho calabozo, que comunicaba con la sala baja. Encima de ésta estaba la sala redonda del primer piso, á la que se subía por una escalera de caracol muy estrecha; aquella sala, como la de abajo, tenía dispuesta otra mesa llena también de armas, y le entraba la luz por la gran ventana aspillera cuyos barrotes acababa de destruir la bala del cañon de aviso. Otra escalera espiral conducía desde allí á la sala del segundo piso, en el que estaba la puerta de hierro que daba al puente-castillejo. No se pueden defender útilmente los pisos superiores, por lo que esta sala era lo que Manesson-Mallet, legislador de las plazas fuertes, llama "la última posición donde los sitiados capitulan." Tratábase, pues, de impedir que los sitiadores llegaran hasta esta sala.

Aunque le entraba la luz por dos grandes aspilleras, brillaba en ella una antorcha; plantándola en un porta-antorchas de hierro, la encendió el Imano, que dejó junto á ella el extremo de la mecha azufrada.

En el fondo de la sala baja, sobre un largo tablado, había víveres, como en una caverna homérica; comía y bebía allí el que tenía apetito ó sed.

El cañon los puso á todos en guardia; no les quedaba más que media hora de tregua.

El Imano desde lo alto de la torre vigilaba los movimientos de los sitiadores. Lantenac mandó que no hiciesen fuego y que dejasen que se acercaran, diciéndoles:—Son cuatro mil quinientos hombres; con matar á los de fuera nada conseguimos; matad solo á los que entren, y cuando estén ahí dentro se establecerá la igualdad. Y añadió riendo:—La igualdad y la fraternidad.

Estaba convenido que cuando el enemigo comenzase el movimiento de ataque, el Imano avisaría tocando la trompeta.

Todos en silencio, apostados detrás de la *retirada*, ó en los escalones de la escalera de caracol, esperaban con el fusil en una mano y el rosario en la otra.

La situación de los sitiadores era la siguiente: tenían que acometer una brecha, que forzar una barricada, que asaltar tres salas superpuestas, una después de otra, y que tomar escalon tras escalon, en medio de una granizada de balas, dos escaleras de espiral. La situación de los sitiados era la siguiente: morir.

## VII.

## Preliminares.

Gauvain se ocupaba en los preparativos del ataque. Daba las últimas instrucciones á Cimourdain, que, como recordarán los lectores, debía, sin tomar parte en la acción, cubrir la salida por la meseta, y ordenaba á Guechamp que con el grueso de las fuerzas permaneciese en observación en el campamento del bosque. Estaba convenido que ni la batería baja de la selva ni la batería alta de la meseta hicieran ningún disparo, á no ser que por una ú otra parte hiciesen alguna salida los sitiados ó tentativa de evasión. Gauvain se reservaba el mando de la columna de asalto, y esto era lo que inquietaba á Cimourdain.

El sol acababa de ocultarse en el horizonte.

Una torre en campo raso se asemeja á un navío en alta mar, y debe atacarse del mismo modo, al abordaje más que al asalto. Los cañones son inútiles en este caso. ¿Qué se saca de cañonear muros de quince piés de espesor? Debe hacerse una brecha en el costado del buque y penetrar por ella, aunque los de adentro la defiendan heroicamente.

Gauvain comprendía que solo así podría apoderarse de la Tourgne. Nada es, sin embargo, tan mortífero como un com-

bate cuerpo á cuerpo cuando los sitiados defienden una fortaleza como la indicada torre palmo á palmo, y Gauvain, que conocia bien el interior de aquel castillo, estaba afectado al comprender que era indispensable hacer allí horrible carnicería.

Entre tanto Guechamp, á pocos pasos de su jefe, examinaba con el anteojo de larga vista el horizonte por la parte de Parigné. Al cabo de un rato de exámen exclamó:

—Al fin ya llega.  
—Qué hay, Guechamp?  
—Mi comandante, ahí viene la escalera.

—La escalera de salvamento?  
—Sí.  
—Cómo! No la habian traído aun?...  
—No, mi comandante; eso me tenia con cuidado. El expreso que envié á Javené volvió.

—Ya lo sé.  
—Dijo que encontró en la carpintería de Javené una escalera de las dimensiones requeridas, que la hizo poner en una carreta y que la habia visto salir hácia Parigné, escoltada por doce caballos. En cuanto desempeñó su comision vino á galope á darme parte.

—Nos dijo eso, añadiendo que llevando la carreta dos buenos caballos y habiéndose puesto en marcha á las dos de la madrugada, estaria aquí mucho antes de anoecer. Todo eso lo sé y... ¿qué más?

—Que el sol se ha puesto ya y la carreta que trae la escalera no ha llegado aun.

—Parece imposible! Pues es preciso atacar ya; espiró el plazo de la tregua; si tardamos en comenzar el ataque, los sitiados creerán que no nos atrevemos á intentarlo.

—Podemos empezar, mi comandante.  
—Es que necesito la escalera de salvamento.

—Sin duda.  
—Y si no la tenemos...  
—La tendremos.  
—Qué quereis decir?

—Temiendo que algun obstáculo impidiese su llegada, tomé el anteojo de larga vista y examiné el camino de Parigné á la Tourgne, y ví que la carreta viene; en este momento está bajando la cuesta; podeis verla.

Gauvain tomó el anteojo y miró.

—En efecto, ahí está; no se distingue bien, pero veo la escolta y esto basta;

sin embargo, me parece más numerosa de lo que os dijeron, Guechamp.

—Y á mí tambien.  
—Están á un cuarto de legua.  
—En seguida tendreis aquí la escalera, mi comandante.  
—Entonces podemos atacar.

Llegaba una carreta, pero no la que ellos creian. Gauvain, al volverse, se encontró frente á frente con el sargento Radoub, que se cuadró, inclinó la vista y se puso en la actitud de saludo militar.

—Qué se os ofrece, sargento Radoub?  
—Ciudadano comandante, los soldados del batallon del Gorro Rojo tenemos que pedirnos una gracia.

—Qué gracia?  
—La de ser los primeros en el asalto.  
—Ah! dijo Gauvain.  
—Tendreis la bondad de permitirlo?  
—Eso segun, contestó Gauvain.

—Mi comandante, desde el ataque de Dol hemos notado que nos posponeis; así es que somos doce todavía.

—Y qué?  
—Que esto nos humilla.  
—Sois de la reserva.  
—Preferimos ser de la vanguardia.

—Pero os necesito para asegurar el éxito al fin de una accion; por eso os conservo.

—Nos conservais demasiado.  
—Pero si es igual! perteneceis á la columna y marchais con ella.

—Pero detrás; el derecho de Paris es ir delante.

—Lo pensaré, sargento Radoub.  
—Pensadlo hoy, mi comandante, ya que se presta la ocasion. Tendremos buenos golpes que dar y que recibir; el combate será sangriento. La Tourgne quemará los dedos de los que la toquen; pedimos el favor de ser de éstos.

El sargento calló un momento, se retorció el bigote y añadió con voz alterada:

—Además, mi comandante, en esa torre están nuestros niños. Tenemos en ella á nuestros hijos, á los tres hijos del batallon. El canalla de Gouge-le-Bruant, á quien llaman Mata-azules, y el Imano, ese facineroso, amenaza á nuestros hijos, mi comandante. Aunque se opongan mil rayos y aunque el cielo se hunda, no queremos que se les haga el menor daño, no lo consentiremos. Hace poco, aprovechándome de la tregua, he subido á la meseta y los he visto por una ventana. Allí están, se les puede ver desde lo alto del barranco; los ví y les

causé miedo. Angelitos! Ahora bien; el batallon dice: "Queremos salvar á los niños ó morir todos; es nuestro deber." Mil rayos! salvarlos ó morir todos. He dicho; salud y respeto.

Gauvain tendió la mano á Radoub y dijo:

—Sois unos valientes! Vendreis en la columna de ataque. Seis de vosotros ireis en la vanguardia, para que todos os sigan al combate, y los otros seis ireis en la retaguardia, para que nadie retroceda.

—¿Y seré yo sin duda el que mande á los doce?

—Sí.  
—Entonces gracias, mi comandante, porque yo iré en la vanguardia.

Radoub volvió á hacer el saludo militar y se incorporó en las filas.

Gauvain miró su reloj y dijo algunas palabras al oido de Guechamp. La columna de ataque empezó á formarse.

## VIII.

## La palabra y el rugido.

Entre tanto Cimourdain, que no ocupaba aun su sitio en la meseta, permaneciendo todavía al lado de Gauvain, se acercó á un clarin y le dijo:

—Toca á parlamento.  
El clarin sonó, la trompeta respondió. Segundo toque de clarin y segundo de trompeta siguieron á los dos primeros.

—Qué es eso? preguntó Gauvain á Guechamp; qué quiere Cimourdain?

Este habia avanzado hácia la torre, agitando en la mano un pañuelo blanco. Levantó la voz y gritó:

—Hombres que estais en la torre, ¿me conoceis?

Una voz, la del Imano, respondió desde lo alto:

—Sí.  
Las dos voces entablaron el diálogo que sigue:

—Soy el delegado de la República.  
—Eres el ex-cura de Parigné.  
—Soy el delegado del Comité de Salvacion pública.

—Eres un sacerdote.  
—Soy el representante de la ley.  
—Eres un renegado.  
—Soy el comisario de la Revolucion.  
—Eres un apóstata.  
—Soy Cimourdain.  
—Eres el demonio.  
—Me conoceis?

—Te execramos.  
—¿Estaríais satisfechos si meuviéseis en vuestro poder?

—Diez y ocho de los que aquí estamos daríamos nuestras cabezas por apoderarnos de la tuya.

—Pues bien; vengo á ponerme en vuestras manos.

Oyóse en lo alto de la torre una carcajada de risa salvaje, á la que siguió este grito:

—Ven!  
En el campamento reinaba profundo silencio, producido por la ansiedad.

—Con una condicion, repuso Cimourdain.

—Qué condicion?  
—Escuchadme.  
—Habla.  
—Me odiais?

—Sí.  
—Pues yo os quiero, yo soy vuestro hermano.

—Sí; tú eres Caín.  
Cimourdain replicó con inflexion singular de voz altanera y suave á la par:

—Insultadme, pero escuchad, porque os hablo como parlamentario. Sois hermanos míos, pero sois pobres hombres alucinados; por eso soy amigo vuestro. Soy la luz que habla á la ignorancia, y en la luz hay siempre fraternidad. Además, todos somos hijos de una misma madre, de la patria. Pues bien; escuchadme. Con el tiempo sabreis, ó lo sabrán vuestros hijos ó vuestros nietos, que cuanto se está verificando ahora se ejecuta en cumplimiento de leyes superiores y que Dios está en el fondo de la revolucion. Mientras llega el momento en que vean claro todas las conciencias, hasta las vuestras, y en que se disipen todos los fanatismos, incluso el vuestro, mientras llega esa gran claridad que ha de venir, ¿nadie se ha de compadecer de vuestra oscura ceguedad? Por eso yo, pues, vengo hasta aquí á ofreceros mi cabeza; hago más, os tiendo la mano fraternalmente y os pido que me concedais la merced de perderme por el beneficio de salvaros. Tengo plenos poderes y puedo cumplir lo que prometo. Hago el último esfuerzo en este instante supremo. Os habla un ciudadano, investido con el carácter del sacerdote; el ciudadano os combate, pero el sacerdote os suplica. Muchos de vosotros teneis mujeres é hijos; yo me encargo, pues, de la defensa de vuestros hijos y de vuestras mujeres. Los defiende contra vosotros mismos. Hermanos míos...

—Predica, apóstata, predica!... le interrumpió burlonamente el Imano.

Cimourdain continuó:

—Hermanos míos, no consentais en que suene la hora fatal. Vamos á degollarnos unos á otros. Muchos de los que estamos aquí no verán mañana la luz del sol; muchos de los nuestros perecerán y vosotros todos morireis. Sed clementes con vosotros mismos y evitad que se derrame tanta sangre inútil; no deben morir muchos hombres cuando basta con que mueran dos.

—Dos? preguntó el Imano.

—Sí, dos.

—Quiénes?

—Lantenac y yo.

Cimourdain continuó levantando más la voz:

—Dos hombres sobran en el mundo; Lantenac para nosotros y yo para vosotros. Esto es lo que os propongo y salvareis todos la vida: entregadnos á Lantenac y apoderaos de mí. Lantenac será guillotinado y de mí hareis lo que querais.

—Si te cogiésemos, aulló el Imano, te quemaríamos á fuego lento.

—Consiento en ello, contestó Cimourdain, añadiendo:

—Estais condenados á muerte todos los que defendeis esa torre; pues os prometo que saldreis de ella vivos y libres dentro de una hora. Os traigo la salvacion. ¿La aceptais?

La voz del Imano estalló con furia, exclamando:

—Veo que además de malvado eres loco. Por qué vienes á incomodarnos? Quién te pidió que nos hablastes? ¿Nosotros entregarte á monseñor?... ¿Qué es lo que pretendes?

—Su cabeza; en cambio os ofrezco...

—Tu pellejo, ya lo hemos oido, y si teuviésemos á mano te desollaríamos como á un perro, cura Cimourdain, pero tu pellejo no equivale á la cabeza del señor marqués de Lantenac. Vete.

—La lucha vá á ser horrible, y por última vez os ruego que reflexioneis.

Iba ya anocheciendo mientras se estaba pronunciando el sombrío diálogo, cuyas voces se oían tanto dentro como fuera de la torre. El marqués de Lantenac guardaba silencio y dejaba hablar. Los jefes tienen á veces siniestros egoismos; este es uno de los derechos de la responsabilidad.

El Imano levantó la voz, dirigiéndose á los sitiadores, y les dijo:

—Os hemos presentado nuestras pro-

posiciones; hechas están y nada tenemos que quitar ni que añadir. Aceptadlas, ó de lo contrario será una desgracia para todos. Si consentís, os entregaremos los tres niños que están aquí y nos dejareis salir libremente á todos.

—A todos, contestó Cimourdain, excepto á uno.

—Excepto á quién?

—Excepto á Lantenac.

—Nunca os entregaremos á monseñor.

—Pues nada podemos tratar sin esa condicion.

—Entonces empezad el ataque.

El Imano, despues de hacer sonar la trompeta como señal para los suyos, bajó de la plataforma; el marqués desnudó la espada, y los diez y nueve sitiados se agruparon en silencio en la sala baja, detrás de la barricada, hincados de rodillas: oían el paso mesurado de la columna de ataque, que avanzaba hácia la torre en medio de la oscuridad; el ruido de sus pasos se aproximaba y llegó el momento en que lo sintieron en la boca misma de la brecha.

Los sitiados se echaron los fusiles á la cara, apoyándolos en las hendiduras de la barricada. Grand-Francoeur, cura de Turmeau, se puso en pié, y teniendo el sable desenvainado en la mano derecha y un crucifijo en la izquierda, dijo con voz grave:

—¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

Todos hicieron fuego á la vez y empezó la lucha.

## IX.

### Titanes contra gigantes.

El choque fué espantoso; aquella lucha cuerpo á cuerpo sobrepujó á todo lo que el pensamiento puede imaginar en semejantes casos; para encontrar algo parecido seria preciso remontarse á los grandes desafíos de los dramas de Esquilo ó á las carnicerías de los antiguos tiempos feudales, á aquellos ataques con *arma corta* que duraron hasta el siglo diez y siete, cuando se penetraba en las plazas fuertes por las falsabragas ó barbancas; asaltos trágicos, de los que, como dice el viejo sargento de la provincia de Alentejo, "produciendo los hornillos su efecto, los sitiadores avanzaron, llevando tablas cubiertas con láminas de hoja de lata, armados con rodellas y manteletes, y provistos de muchas granadas, haciendo abandonar los atrin-

cheramientos ó retiradas á los de la plaza y apoderándose de ella con empuje vigoroso contra los sitiados."

El sitio del combate en la torre era horrible; era una de esas brechas que en el lenguaje técnico se llaman *brechas cubiertas*, esto es, que forman un boquero que atraviesa el muro de parte á parte. La pólvora produjo el efecto de una barrena, pero tan violento, que la torre quedó hendida de resultas de la explosion hasta más de cuarenta piés sobre la brecha. Sin embargo, solo era una hendidura, y la rotura practicable que daba entrada á la sala baja se parecia más á una lanzada que perfora que á un hachazo que corta.

Era una puncion en el costado de la torre, una fractura extensa y penetrante, algo como un pozo horizontalmente tendido en tierra, un corredor serpenteante y ascendente á manera de intestino al través de un muro de quince piés de espesor, una especie de cilindro informe, atestado de obstáculos, de lazos y explosiones, en el que la frente chocaba con el granito, los piés con garfios y los ojos con la oscuridad.

Los sitiadores tenian ante sí aquella entrada negra, boca de sima, cuyas mandíbulas eran las piedras del muro desencajadas; las fauces del cocodrilo no enseñan dientes tan formidables como los que presentaba aquella espantosa brecha. Sin embargo, era preciso entrar y salir por aquel boquero.

Dentro aguardaba la metralla á los sitiadores, fuera se levantaba el reducto; fuera quiere decir la sala baja del piso inferior.

Situacion tan feroz solo existe en los encuentros de los zapadores en las galerías cubiertas, cuando la contramina viene á cortar la mina, ó en los combates con arma blanca en los entrepuentes de los buques, que se acometen al abordaje en las batallas navales. Es el último grado de lo horrible pelear en el fondo de un foso, porque es espantoso matarse unos á otros en la oscuridad de un sitio cubierto por todas partes. En el momento de entrar la primera oleada de los sitiadores, la barricada se cubrió de relámpagos, y hubo como un estallido de rayos y de truenos bajo tierra. El trueno sitiador respondió en seguida al trueno parapetado; á las detonaciones de aquellos contestaron las de éstos. Oyóse primero gritar á Gauvain:—"¡Adelante!", y luego á Lantenac:—"¡Firmes contra el enemigo!", y despues al

Imano:—"¡Aquí los valientes del Maine!". Ultimamente tras las voces se oyeron chocar sables contra sables, pistoletazos y descargas de fusilería espantosas que lo arrollaban todo. La antorcha, fija en la pared, alumbraba vagamente aquella escena horrible, pero nada permitia ver la negrura rojiza del humo, del fuego y de la sangre. Los combatientes andaban sobre cadáveres, aplastando heridos y brazos y piernas rotos; los heridos gritaban furiosos y los moribundos mordían los piés que los pisaban. De vez en cuando habia instantes de silencio más pavoroso que el ruido. La lucha se empeñaba cuerpo á cuerpo; se oía el espantoso resoplido de las bocas, el rechinar de los dientes, luego las impresiones y luego la tempestad que estallaba otra vez. Un arroyo de sangre salía de la torre por la brecha y se extendía en la oscuridad, formando charcos sombríos que humeaban entre la yerba, fuera de la fortaleza, como si ésta se desangrara por una herida.

El estrépito de dentro apenas producía ruido en el exterior. La noche era muy oscura, y así en el llano como en la selva reinaba fúnebre paz en torno de la torre atacada. Dentro estaba el infierno, fuera el sepulcro. Aquel choque de hombres exterminándose en las tinieblas, los tiros, los gritos de rabia y de dolor y el inmenso tumulto, espiraban tras el espesor de las bóvedas. Fuera de la torre casi nada se oía: entre tanto dormían los niños.

El encarnizamiento del combate seguía; los defensores del reducto se mantenían firmes, porque es difícilísimo forzar esa clase de barricadas de ángulo entrante; los sitiados tenian en contra suya el número, pero la posicion en pró. La columna de ataque perdía mucha gente: formada en filas fuera de la torre, iba entrando lentamente por la abertura de la brecha, encogiéndose como una culebra cuando entra en la cueva.

Gauvain, que como jefe novel era imprudente, estaba en la sala baja en lo más rudo del combate y entre la granizada de las balas, abrigando la confianza del hombre que nunca fué herido, á pesar de haberse encontrado en cien batallas.

Al volverse para dar una orden conoció á la luz de un fognazo á su maestro, que estaba cerca de él.

—Cimourdain! exclamo; ¿qué venís á hacer aquí?

—Vengo á estar á tu lado.